

gracia, el incomparable Domingo de Guzman, y á los que visiten la librea de su posteridad: *Sicut locutus est ad patres nostros, Abraham et semini ejus.*

Hé aquí por qué los mundanos nos llaman bienaventuradas. ¿Pero qué mérito hubo en nosotras para beneficios tan ventajosos? El Señor es el autor de estas miradas cariñosas: *Quia respexit.* Todo esto es un rasgo de su grandeza: *Fecit mihi magna;* efecto de su misericordia: *Et misericordia ejus:* cumplimiento de aquel propósito que eleva á los débiles y enfermos: *Et exaltavit humiles:* nuestra humildad, nuestra miseria arrebató las misericordias de Dios; y ¿no seríamos dignas de los mas severos castigos, si ocultásemos su gloria?

En verdad, venerables madres, vosotras debéis caminar con fervor, y liquidar vuestro corazon en la presencia del Señor, para llenar sus designios y el objeto de los presentes cultos, que nos ofrecen un misterio de caridad, en que María libra á Isabel de los peligros del parto, y Dios libra á esta ciudad de mil peligros, dándole este monasterio: un misterio de santificación, en que María comienza á comunicar la gracia por su mediacion, y en que Dios derramó las abundancias de su misericordia sobre las vírgenes que son llamadas á este monasterio: un misterio de reconocimiento, en que María vuelve á Dios todo lo que puede darle su corazon, y las religiosas de este monasterio ofrecen á Dios los sentimientos de un corazon agradecido á los favores que Dios ha obrado con ellas.

Cristianos, recogéd, pues podéis, estos preciosos dones; Dios os visita, la gracia se derrama con abundancia, tenemos el mismo mediador, que es Jesucristo, y la misma medianera, que es María. Abramos nuestro corazon, para que se obren en él los prodigios que en la casa de Zacarías. Pidamos ante el trono de ese Dios sacramentado, y pidamos por la proteccion de María aquellas gracias que reforman nuestro corazon, que combaten nuestras pasiones, que obligan á renunciar los placeres, que atacan al pecado, que empeñan en la mortificacion de los sentidos, que santifican al hombre y le llevan á gozar de Dios eternamente. Amen.

## SERMON

DE LA

### PURIFICACION DE LA VÍRGEN MARÍA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

*Postquam impleti sunt dies purgationis ejus secundum legem Moysi, tulerunt eum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.*

Venido el tiempo de la purificacion de María segun la ley de Moises, llevaron al Unigénito de Dios á Jerusalem, para presentarle al Señor.

S. Lucas, c. 2. v. 22.

Quando medito la augusta ceremonia que la Iglesia presenta hoy á nuestros ojos, veo, señores, cumplido á la letra el oráculo del profeta Malaquías, que dice: en seguida de mi precursor, *vendrá á su templo el Dominador que buscáis, y el ángel del Testamento que deseáis,* y acompañado de su padre putativo y de su verdadera madre, *ofrecerán sacrificios al Señor.* (1) ¡Ó profundidad de la sabiduría y ciencia de Dios! exclama aquí san Cirilo, ¡ofrecer hostias el que por todas ellas es honrado con el Padre y el Espíritu santo! Ó adorable misterio! ¡instruccion incomparable para todo fiel cristiano! Suceso luminoso que se presentaba al espíritu del profeta, que prometió á los que reedificaban el templo de Jerusalem, que la gloria de esta segunda casa de Dios excedería á la primera con indecibles ventajas, pues en ella, como demuestra el Evangelio, debian entrar el Señor del santuario y su augusta madre á ofrecer al Padre celestial el mas agradable sacrificio.

(1) *Malach. c. 3. v. 1. et 3.*

« Ensánchate, templo (son expresiones de un contemplativo); hé aquí al que no pueden contener los cielos y la tierra. Puertas del templo, abríos; hé aquí la puerta oriental por donde solo el Señor ha podido entrar, dejándola cerrada en su tránsito. Altares del templo, purificáos de la sangre impura de animales, con que hasta ahora habéis sido rociados; hé aquí el Cordero de Dios inmaculado, que por la efusion de su preciosa sangre, viene á quitar los pecados del mundo: humíllate, velo del templo; hé aquí la que da un velo al Verbo encarnado, bajo el cual oculta su divinidad; hé aquí el Sol de justicia, que viene á ilustrar con sus rayos á todas las naciones que le son dadas por herencia. Arca del testamento, retírate; hé aquí el Arca de la santificacion, que no solo contiene el maná, sino el verdadero pan de vida, ni contiene únicamente las Tablas de la ley sino al divino Legislador. Querubines, que cubrís con vuestras alas el propiciatorio del templo, manifestádo hoy; dejád de mirar atentamente su figura; volvéd vuestros ojos á la realidad, considerád á este infante Dios que entra en el templo, y que viene á ofrecerse, para ser él mismo víctima de propiciacion por los pecados del linaje humano. »

Ideas verdaderamente magníficas, que nos inspira la misma Religion, cuando nos propone la purificacion de María y la presentacion de su adorable Hijo en el augusto templo de Jerusalem. ¡ Abate, razon orgullosa, tus luces á presencia de tan inefables misterios! No quieras acercarte á investigar el esplendor de tanta majestad, para no ser oprimida de su gloria. Los ojos de la fe únicamente son capaces de ver sujetarse á la ley de la purificacion la mas pura de todas las criaturas. Ellos solos comprenden los altos motivos que tuvo la verdadera Madre de Dios, vírgen ántes del parto, en el parto y despues del parto, para observar una ley que no la obligaba. Yo solo me atrevo á decir, que voluntariamente se sujeta á ella para ofrecer á Dios el mas agradable sacrificio, ya de sí misma, ya del Señor del santuario, que presenta al Padre celestial para la redencion del género humano.

Con arreglo á este plan, que es el de la Religion que profesamos, debia yo tratar, en utilidad de mis hermanos, de la purificacion de María y de la presentacion de Jesucristo, para edificacion de pecadores y de justos; pero la materia es muy extensa para ser tratada en un breve discurso. Limitome pues á

manifestaros, que la purificacion de María debe servir de ejemplo á los pecadores que desean purificarse. Unica proposicion, digna de esta cátedra, acomodada á la instruccion de los fieles y al espíritu de nuestra augusta Religion.

Animád, Señor, mis palabras; ponéd en mis labios expresiones de eficacia y de vida; no atendáis á la indignidad del ministro, sino al alto fin de mi ministerio, que es el bien de las almas; derramád pues sobre todos nosotros las luces de vuestro divino Espíritu, para que se renueve hoy en este templo vuestra gloria. Esta gracia os pedimos por la poderosa intercesion de vuestra augusta madre y nuestra, María santísima. Saludémosla todos con el ángel. *Ave María.*

Para conocer bien el mérito de María en la accion de su entrada en este dia en el templo, y el gran fondo de instruccion que encierra esta augusta ceremonia, en órden á la purificacion del pecador, es necesario tener presentes los dos preceptos impuestos por Dios á su pueblo en el Éxodo y en el Levítico. En el uno ordena la purificacion de la madre, y en el otro la presentacion del primogénito en el templo. María se sujeta á los dos, siguiendo la costumbre de la ley. En órden al primero, dice un sabio, nada hizo María en el exterior, que no fuese comun á las demas mujeres judías. Lo que la distingue de todas ellas, es sujetarse voluntariamente á una ley, que segun sus propios términos, no la comprende. La purificacion era para María un consejo: podia observarla como madre, pero no la obligaba en cuanto vírgen. ¿ Qué necesidad tenia de purificarse, como se explica san Bernardo, la que habia llevado en su vientre la fuente de toda la pureza, en la persona del que se habia hecho hombre para purificar al linaje humano? ¿ Qué, no podria entrar en el templo, añade este Padre, la que habia partido al Señor del templo mismo?

Sin embargo, aunque exenta de la ley, quiso sujetarse á ella, haciéndole creer su humildad, que debia conformarse á la costumbre, para evitar el escándalo del pueblo, que ignoraba sus privilegios. Por otra parte, en calidad de madre de Dios y coredentora del linaje humano, quiere purificarse segun la ley de Moises, para servir de ejemplo al pecador que desea purificarse conforme á las leyes del Evangelio.

Es verdad que la purificacion de los pecados es obra de solo Jesucristo, pues pide por autor un Hombre-Dios. Así queriendo san Pablo representarle bajo esta augusta calidad, nos eleva desde luego á considerar su omnipotencia y su grandeza. *Este*, dice (1), *por quien Dios ha hecho el mundo, esplendor de su gloria, carácter de su sustancia, que todo lo sostiene con su palabra, nos ha purificado por si mismo de nuestros pecados: ministerio sublime, superior á los ángeles*, pues todos ellos juntos, á qualquiera gracia que hayan sido sublimados, serian infinitamente inferiores á semejante empleo. Ni quiso Jesucristo, dice un sabio, desempeñar esta comision por solo el mandamiento de su palabra, ni por una simple aplicacion de su virtud omnipotente. Su sabiduría y su amor hallaron á propósito que ejerciese en su persona misma el ministerio de purificador de nuestros pecados.

Mas como nosotros, segun el plan de su Religion, debemos por nuestra parte cooperar á su gracia, se dignó este divino Salvador darnos en su santa madre, que se purifica hoy segun la ley de Moises, un ejemplo admirable de todo lo que debemos obrar, para ser purificados de nuestras culpas segun la ley del Evangelio. En efecto la purificacion de María empieza por la humildad, dice un célebre orador, el dolor la acompaña y el amor la consume; disposiciones admirables, que hicieron mas santa y mas perfecta á la que era mas pura que los ángeles. ¿Y no es la humildad, os pregunto, el dolor y el amor lo que principalmente exige el Evangelio para la purificacion de nuestros pecados?

Aprendéd de mí, dice Jesucristo, que soy manso y humilde de corazon. ¿Qué de abatimientos, qué de humillaciones no le costó la exaltacion del hombre! Desciende del cielo para humanarse y tomar la forma de esclavo; nace en un pesebre, reclinado entre pajas el que es mas elevado que los cielos; Heródes le persigue, su pueblo le desconoce, la sinagoga le aborrece, los escribas y fariseos le injurian, un discípulo le vende, y Jesucristo se humilla hasta sufrir una afrentosa muerte de cruz por nuestro amor; á cuyo voluntario sacrificio se ofrece solemnemente á su Padre celestial en el dia de su presentacion en el templo, en calidad de primogénito de todos sus hermanos.

(1) *Hebr. c. 1. v. 3. et 4.*

María pues, como verdadera madre de este Dios-Hombre y heredera de su espíritu, debió acompañarle en estas humillaciones, que miraba siempre como su mayor gloria, dimanada de la conformidad con su Hijo, cabeza y ejemplar de los predestinados; la cual no podia verificarse sin una union de afectos tan estrecha, que humillado Jesucristo, se humillase su madre. Por manera que eclipsada la gloria y divinidad del Salvador bajo el velo de una carne pasible, debian eclipsarse al mismo tiempo las excelencias de María, en cuyo vientre virginal habia sido hecho hombre.

El misterio que encierra la ceremonia de este dia nos provee una prueba auténtica de esta verdad. En efecto « si el Hijo de Dios, como reflexiona un sabio, se sujeta á la ley de Moises, es menester que María le acompañe en esta sumision; si Jesucristo se somete á una ley, que parece opuesta á su divinidad y á la santidad de su nacimiento, es menester que María se someta á una ley que parece opuesta á su divina maternidad y á la pureza de su parto; si Jesucristo se somete á la ley de la presentacion de los primogénitos, es menester que María se sujete á la ley de la purificacion de las mujeres inmundas, y que parezca en el templo á presencia de todo el mundo, confundida con las demas judías, como si careciera de esta virginidad, que la hace tan agradable á los ojos de Dios, y mas pura que los mismos ángeles; de esta maternidad divina que la eleva sobre todas las criaturas. Sacrílegos Nestorios, pérfidos Julianos, enemigos jurados de las grandezas de María, no la consideréis en el estado de sus humillaciones: no atendáis á las sombras que la cubren y oscurecen, que es el sol quien la ha descolorido: *Nolite me considerare quod fusca sim, quia decoloravit me sol* (1). Reflexionád que todo esto no es mas que una participacion gloriosa y voluntaria de los abatimientos del Hijo de Dios, y un raro ejemplar de humildad, que al paso que nos confunde, nos instruye en el arduo y único negocio de nuestra purificacion.

La soberbia, señores, el orgullo, el amor propio, nos alejaron de Dios, casi desde nuestro mismo origen, con una separacion infinita. Adan pecador engendró pecadores, y por una sucesion funesta nacemos todos hijos de perdicion y de ira; y

(1) *Cant. c. 1. v. 5.*

aunque el Señor por su misericordia nos redimió con la sangre preciosa de su Unigénito, instituyendo sacramentos que nos lavasen de la culpa original y nos purificasen de las actuales, dispuso que esto fuese humillándonos bajo su mano poderosa. En efecto habiéndonos Jesucristo redimido de tan miserable esclavitud á costa de las mayores humillaciones, quiso que todos sus discípulos zanjasen el edificio de su salud sobre el sólido fundamento de la humildad, y que fuesen tanto mas elevados en su presencia, cuanto mas humildes en esta vida; pues *al mismo Señor, como dice san Pablo, por haberse humillado obedeciendo hasta la muerte, Dios le exaltó, y le dió un nombre superior á todo nombre, ante el cual se postrasen los cielos, la tierra y los infiernos* (1).

Hé aquí el origen de la sumision de María á una ley que la confundia con las mujeres pecadoras; pero que la eleva en su interior al mas alto grado de pureza; y hé aquí un poderoso motivo de confusion de vuestra altivez y soberbia. María, mas pura que los ángeles, se somete á unas ceremonias que la degradan en la apariéncia; y vosotros, cubiertos con la lepra del pecado y sumergidos en su lodo pestilente, ¿rehusáis humillaros, confesando de buena fe vuestra propia bajeza? Vendo yo fábulas, señores? soy algun declamador importuno? Ah! si cuando os acercáis al tribunal de la penitencia, sacramento de vuestra purificacion espiritual, revelara Dios vuestras conciencias, como lo ejecutará en el dia de su ira, conocerian todos el orgullo y la soberbia con que profanáis las mas veces este sacramento de humillacion, ante el cual debéis siempre comparecer como reos. Qué de hipócritas! qué de fariseos! ¿qué de apologistas de sus propios crímenes, que léjos de acusarse como pecadores, pretenden pasar en este tribunal por otros tantos justos! Este excusa sus delitos, atribuyéndolos á otro, y aquel los disminuye, á imitacion de nuestros primeros padres. Unos refieren con frialdad sus crímenes, como pudiera decir su relacion un ciego; otros buscan su vanagloria y jactancia en los ejercicios mismos y prácticas de la Religion. Este confiesa todos sus pecados; pero nutre aún en su corazon la ambicion y la soberbia; aquel se acerca con frecuencia á la mesa del Santo de los santos; pero sin haberse ántes despojado del espíritu de

(1) *Philíp. c. 2. v. 8. 9. et 10.*

vanidad y de avaricia. Hipócritas, dice Jesucristo, vosotros blanqueáis el exterior de los vasos y los platos; pero vuestro corazon está lleno de injusticia, de impureza y de rapiñas. *Lavád, pecadores, vuestras manos* (uso aquí de las expresiones de Santiago) (1); *mas no olvidéis, almas dobles, purificar vuestros corazones*: humilláos á este fin bajo la mano poderosa de Dios. Esta es la primera basa de la obra de vuestra purificacion. Mas para hacer progreso en ella, es necesario que á la humildad acompañe el dolor, segun el ejemplo que nos da en este dia nuestra Madre, y segundo motivo de confusion para el pecador indolente. Seguídme atentos.

Todos saben que el único nombre que se nos ha dado para poder ser salvos es el de Jesucristo crucificado por nuestro amor. En esta fe vivieron los patriarcas y profetas, conociendo por una revelacion secreta, que todas las oblacones y sacrificios de la ley natural y escrita eran otras tantas figuras de este adorable Salvador, y que ellos mismos le representaban sobre la tierra para consuelo del linaje humano. Recorréd, señores, los fastos sagrados de nuestra Religion, y veréis á este segundo Adán reparando sobre un árbol la salud que habia perdido su pueblo en el paraíso; en Abel le veréis sacado al campo y sacrificado á la envidia de su hermano; le veréis en Enos enseñándonos á invocar el nombre del Señor, le veréis en Enoc elevado sobre los cielos, para venir á juzgar al mundo al fin de los siglos; le veréis en Noé fabricando el arca de su Iglesia, fuera de la cual deben perecer todos en el diluvio del pecado; en Melquisedec le veréis ofreciendo á Dios vivo é inmortal su sacrificio bajo las sagradas especies de pan y vino. Qué mas? en Isaac le veréis cargar sobre sus hombros la leña para el sacrificio; en Jacob luchando con Dios mismo, y como vencíéndole, cuando espiró en la cruz; le veréis en Josef víctima de la envidia de sus mismos hermanos, vendido por otro Júdas, injustamente acusado, reputado entre inicuos, y constituído en fin Salvador de Israel y de Judá; en Moises y David veréis sus persecuciones; en Josué su gloriosa entrada en el cielo, verdadera tierra de promision, al frente de su pueblo escogido; en Job veréis sus dolores; en Sanson su fortaleza y sus victorias sobre los ene migos de Dios; en Salomon su sabiduría; en Jonas, su se-

(1) *Jacob. c. 4. v. 8.*

pultura y su resurreccion; en Elías y Eliseo su zelo y sus prodigios; en Isaías sus injurias de parte del pueblo; y en Jeremías su continua afliccion.

¿Cómo podremos negar á María un pleno conocimiento de todas estas verdades en las circunstancias de presentar á su Hijo en el templo, principalmente constándonos del Evangelio que el santo Simeon le dijo en esta misma ocasion, que una espada penetraria su corazon, aludiendo á la pasion y muerte de su Unigénito? ¡Vaticinio terrible para esta augusta madre! pero que solo sirvió de renovar el sacrificio que tenia ya hecho, aceptando todos los dolores y sufrimientos que le son hoy vaticinados pública y solemnemente.

« Yo », señores, dice un sabio, « jamas he podido reflexionar sobre esta dolorosa profecía, que penetra el corazon de nuestra Reina, sin representármeme Abrahan, obligado á sacrificar á Dios su propio hijo. Formád conmigo el paralelo. Tres veces habla el Señor á Abrahan sobre su hijo; una, cuando se lo promete; otra, cuando le asegura las bendiciones de todos los pueblos en este hijo; y la tercera, cuando se lo pide en sacrificio. Para que la figura correspondiese á la realidad, observa Dios la misma conducta en orden á la santa Virgen. Le habla tres diferentes veces: en la primera por boca de un ángel le promete un hijo: en la segunda por medio de Isabel le asegura que será colmada de bendiciones, y bendita entre las mujeres á causa de este hijo, y en la tercera, por boca de Simeon, la pide á este mismo hijo en sacrificio. Qué comparacion mas justa! Dios habla tres veces á Abrahan y otras tres veces á María. Envía un ángel á Abrahan, y envía un ángel á María. El ángel enviado á Abrahan empieza asegurándole no tema; el ángel enviado á María empieza dándole la misma seguridad: Abrahan recibe orden de Dios de sacrificar á su hijo; María recibe asimismo orden del Señor de consentir el sacrificio del suyo. »

« Pero hay estas dos notables diferencias. Primera, el corazon de Abrahan sufre solamente tres dias de prueba; mas la espada de dolor que penetró el corazon de María, le duró toda su vida, porque siempre tenia presente el cruento sacrificio. Segunda, Abrahan no estaba asegurado que Dios no revocaria la orden, como en efecto la revocó por ministerio de un ángel; pero María estaba cierta de que el sangriento sacrificio de su

Hijo para redimir al hombre seria cruelmente ejecutado. » Agregád á esta terrible consideracion la ruina de los malos, que en el trascurso de los siglos habian de malograr una rendicion tan copiosa con la mas detestable ingratitud, y admiraréis á María, la mas pura de todas las criaturas, sujetarse á las leyes de una purificacion que no la comprenden, ofreciendo su corazon á los dolores de la penetrante espada que le anuncia el santo Simeon.

¡Oh, si nosotros manchados con tantas iniquidades imitésemos este bello ejemplo en el dia de nuestra purificacion espiritual! ¡Oh, si nos acompañase siempre el dolor de las injurias hechas á Jesucristo! ¡Oh, si á imitacion de David trajésemos siempre nuestro pecado delante de nuestros ojos, para llorarlo y detestarlo! Pero la lástima inconsolable es, que por un trastorno de juicio, pretendéis curar vuestras impurezas secretas por la frecuencia de los espectáculos públicos, donde como carbones os encendéis mutuamente en el fuego voraz de la lascivia; y como si los males no debieran curarse por sus contrarios, á la oracion, á la limosna, al ayuno, al dolor penitente, á la frecuencia de sacramentos, á la satisfaccion, que son los medios instituidos para la purificacion de las culpas, queréis sustituir las visitas inútiles, y á veces sospechosas, el juego ruinoso, los placeres, las diversiones profanas, en una palabra, el espíritu del mundo al de la penitencia. Confusion vergonzosa, que al paso que os cubre de ignominia, impide vuestra purificacion, que no solo debe ser humilde y dolorosa, sino animada del amor de Dios.

Así en efecto debe ser para su mayor perfeccion. « Sin el amor, » dice un orador célebre, « la humildad y el dolor de María en las circunstancias de su purificacion ¿ cómo hubieran perfeccionado su mérito delante de Dios? Ni María se hubiera sometido á la ley de una ceremonia que no la comprendia, sino en fuerza de su amor á Jesucristo: sin este poderoso estímulo hubiera hecho valer sus privilegios. ¿ Qué necesidad tengo, hubiera dicho, de esta purificacion? ¿ por qué no tocaré las cosas santas, habiendo concebido al Santo de los santos? ¿ De qué podrá servirme esta ceremonia exterior, ordenada por la ley de Moises para purificar las mujeres inmundas de Israel, siendo yo madre, sin haber dejado de ser vírgen, ó por mejor decir, siendo mas vírgen y mas pura por ser madre de Dios? Mas el

amor que inflama su espíritu, le inspira otras ideas, y deseando con todo el ardor de su corazón conformarse á su adorable Hijo, solo piensa en imitar sus humillaciones y abatimientos, para reparar en el modo posible el ultraje y menosprecio hecho á la bondad, santidad y majestad de Dios por los pecados de los hombres : por esta causa Simeon al vaticinio de la pasión de Jesucristo añade hoy el dolor de la Madre, para enseñarnos que lo que aquel ha de sufrir en su cuerpo, sufriria esta en su corazón por amor. »

Qué ejemplo, señores! ¡qué instruccion tan importante en orden á vuestra purificacion! El demasiado amor á las criaturas os ha separado de Dios; en vuestro corazón habéis preferido las cosas terrenas á vuestro Criador. Es pues indispensable, dice un Padre de la Iglesia, que por medio del fuego del amor de Dios consumáis la leña de vuestros pecados. Entrád en vosotros mismos, hombres criminales, os diré con un profeta, y reponéd sobre el trono de vuestro corazón el amor de Jesucristo, que injustamente habian ocupado vuestras pasiones favoritas. Dejad pues las criaturas por amor á vuestro Criador, que digno es de recibir la gloria, el honor y la divinidad. Volvéd, prevaricadores, volvéd, repito, y entrád en vuestro interior. Dios, por un efecto de su bondad, no sabe despreciar un corazón humillado, contrito y poseído de su amor. Si pretendéis purificaros, para tener parte en los misterios inefables que la Iglesia os presenta este dia, ofrecéd al Señor en vuestro corazón el sacrificio de humildad, de dolor de vuestras culpas, y de amor á su infinita bondad. Sacudid vuestra altivez y la deplorable indolencia que os aturde y os tiene sumergidos en el lodo de vuestros pecados. Purificad vuestras conciencias; laváos con las aguas saludables de los sacramentos, y ofrecéd á Dios en vuestra penitencia los gemidos del dolor y del amor. Muévaos la humillacion, el dolor y amor de Jesucristo y de su santa madre hácia vosotros, que os presentan en este dia estas augustas ceremonias. No despreciéis, os ruego, el tiempo de la misericordia, que se acerca el juicio de Dios y el de la ira.

¡ Augusta y soberana Madre, consuelo nuestro, refugio nuestro, dulce esperanza nuestra! á vuestros sagrados piés, Señora, gimen hoy los desterrados hijos de Eva. No os desdeñéis arrojar sobre nosotros una mirada favorable. Pecámos, hemos cometido iniquidades, hemos errado las verdaderas sendas; ya no

somos dignos de llamarnos vuestros hijos : mas reconocemos nuestro yerro, é imploramos vuestra clemencia. ¿Cuándo se cerraron á nuestros gemidos vuestras maternales entrañas? Alcanzádnos, ó Madre piadosísima, una humildad profunda, que nos haga conocer nuestra nada y nuestra propia vileza; un dolor vehemente de haber ofendido á nuestro padre Dios; un amor inflamado en la mas ardiente caridad, para que podamos acompañaros en este dia á ofrecer al Señor agradables sacrificios en el templo de vuestras almas. Reine para siempre en ellas el amor de Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu santo vive y reina eternamente Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.